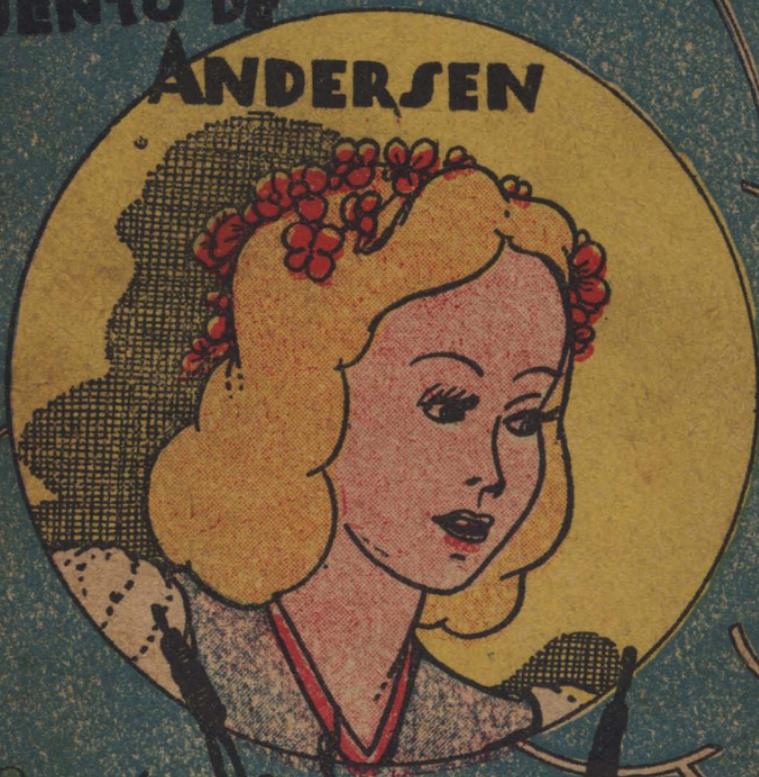


ALMENDRITA

CUENTO DE
ANDERSEN



JORGE COSTA 1940



00163319

Almendra

ALMENDRITA

CUENTO DE
ANDERSEN



E D I T O R I A L T O R

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- 1 Pinocho en el teatro de títeres
- 2 Blancanieves y los 7 enanitos
- 3 Los príncipes encantados
- 4 La Bella durmiente del bosque
- 5 Juanfuerte
- 6 Piel de asno
- 7 La princesa y el erizo
- 8 Ahí Babá y los 40 ladrones
- 9 La inocente mensajera
- 10 Pinocho en campo de milagros
- 11 El pájaro verde
- 12 Pulgarito
- 13 Los maestros cantores
- 14 El rey del río de Oro
- 15 Caperucita Roja
- 16 Las tres princesas
- 17 El triunfo del sorre
- 18 Pinocho en la isla de las abejas
- 19 La princesa picarona
- 20 Simbad el marino
- 21 Canción de Navidad
- 22 Un viaje maravilloso
- 23 El niño que se volvió hormiga
- 24 El enano Zacarías
- 25 Pinocho en gruta del monstruo
- 26 El legado del moro
- 27 El gato con botas
- 28 El hada de Granville
- 29 De los Apeninos a los Andes
- 30 Menique
- 31 El rey Cuervo
- 32 Almedrita
- 33 Pinocho en el país de juguetes
- 34 El niño perdido
- 35 Robin Hood
- 36 La isla encantada
- 37 Pif Paf
- 38 La carga liviana
- 39 La alfombra mágica
- 40 El pájaro que reía
- 41 La Cenicienta
- 42 Aventuras del rey Beder
- 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samaniego
- 44 Pinocho en el fondo del mar
- 45 Gulliver en el país de enanos
- 46 La bella Dorígen
- 47 Las salamandras azules
- 48 Los zuecos maravillosos
- 49 Las tres hermanas
- 50 Fábulas de Iriarte
- 51 El niño raptado
- 52 Barba Azul
- 53 Tanino el hormiguero
- 54 Gulliver en el país de gigantes
- 55 El tejedor de Segovia
- 56 El príncipe Cododas
- 57 La amiguita de los pájaros
- 58 La señorita Seuderl
- 59 Fábulas de Esopo
- 60 Constancia
- 61 Nicolás y Nicolastín
- 62 Los rosales de la reina
- 63 El enfermero del Chacho
- 64 Grisélida
- 65 Alicia en el país de maravillas
- 66 Aladino
- 67 Genoveva de Brabante
- 68 La Sirenita
- 69 Peter Pan
- 70 El patito feo
- 71 Hombre que vendió su nombre
- 72 Los tres pelos del diablo
- 73 Hansel y Gretel
- 74 La flor del pantano
- 75 El buque fantasma
- 76 La cámara del tesoro
- 77 La desobediencia
- 78 El tarro de aceitunas
- 79 El mensajero de la corona
- 80 La camisa del hombre feliz
- 81 La verdad sospechosa
- 82 La graciosa Emelia
- 83 El muchacho afortunado
- 84 La novia elegida
- 85 Las dos estatuas
- 86 La botella encantada
- 87 El mercader de Venecia
- 88 La obligación
- 89 El favorito ingenioso
- 90 Los dos ruiseñores
- 91 El ladrón de Bagdad
- 92 El tambor del regimiento
- 93 El pájaro de oro
- 94 El barbero silencioso
- 95 Las tres perlas
- 96 Gulliver en países maravillosos
- 97 El príncipe impostor
- 98 El rey en busca de novia
- 99 El soldadito de plomo
- 100 El mercader y la favorita

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



ALMENDRITA

I

El rapto



NA viejita muy pobre y muy buena se encontraba sola en el mundo, pues se le habían muerto todos los parientes. Como ya no estaba en edad para casarse, le preguntó a una hechicera cómo tendría que hacer para conseguir una niña que la reconociese como madre. Y la hechicera le contestó:

—Aquí tienes un grano de cebada. Es de una clase especial que nada tiene que ver con la que cosechan nuestros agricultores. Siébralo en una maceta de flores y verás lo que sale.

Después de agradecer a la maga, la pobre mujer entró en su casa y plantó el grano de cebada donde aquélla le había dicho. No tardó en brotar una linda y fragante flor parecida a un tulipán, pero completamente cerrada.

—¡Qué hermosa flor! —dijo la viejita, besando sus hojas coloradas y amarillas.

Al contacto de los labios de la buena mujer, la flor se abrió ruidosamente, tomando por completo la forma de un tulipán. En su fondo se podía ver a una niña muy pequeñita, linda y delicada. Tan pequeñita era, que su estatura no pasaba de la de una almendra. Por eso la llamaron Almendrita.

Era un lindo espectáculo contemplarla. Y por si esto fuera poco, cantaba con voz tan dulce y afinada que parecía una caja de música. Los pájaritos, y hasta las mismas moscas, dejaban de volar para oírla.

Pero una noche, mientras Almendrita dormía plácidamente, un sapo horrible entró en la pieza por un cristal roto y trepó hasta donde estaba la cáscara de nuez que servía de cama a la niña. Maravillado quedó el animal al verla. Y dijo:

—No podía haber encontrado mejor esposa para mi hijo.

Y sin perder más tiempo, se llevó a Almendrita al jardín, entre cuyas flores corría un pequeño arroyo que daba a un pantano en el que vivía el sapo con su hijo, que era tan asqueroso como él. Lo cual, en verdad, ya es mucho decir.

—¡Coac, coac, brequequequé! —gritó, admirado, el sapito al ver a tan hermosa niña.

—Habla más bajo —le dijo el padre—; no sea

que despierte. Como es tan ligera como la pluma del cisne, a lo mejor se nos escapa. La colocaremos en una hoja ancha de higuera en medio del arroyo, para que viva allí como en una isla. Por miedo de ahogarse, no se irá. Mientras tanto, nosotros prepararemos en el fondo del pantano el aposento en el cual viviréis una vez casados. Y espero que tú, hijo mío, seas el más feliz de la familia.

—Como para no serlo con semejante esposa — dijo el sapito.



*Se podía
ver a una
niña muy
pequeña...*

Inmediatamente, el sapo viejo saltó al agua para elegir una hoja de higuera. Cuando hubo encontrado la que le pareció más conveniente para el caso, la sujetó a la orilla por el tallo y colocó en ella la cáscara de nuez donde Almendrita dormía plácidamente.

II

La fuga

A la mañana siguiente la niña despertó y al ver dónde se encontraba, se echó a llorar amargamente, pues comprobó que el agua la rodeaba por completo, resultándole imposible volver a tierra.

Mientras tanto el sapo viejo, después de haber construido el aposento para los novios, inclinándose cortésmente en el agua delante de ella, le dijo:
—Te presento a mi hijo, a quien te he destinado por esposa.

—¡Coac, coac, brequequequé! —cantó el sapito, horrorizando con su voz y su aspecto a la pequeña.

Entre padre e hijo agarraron la linda camita barnizada a muñeca y se la llevaron al aposento del fondo del pantano. Mientras tanto, Almendrita, sola en la hoja de higuera, lloraba de pena pensando en aquellos animaluchos tan feos y repugnantes y en el matrimonio que la esperaba con uno de ellos.

Algunos pececitos se reunieron alrededor del tallo que retenía la hoja y lo cortaron con los dientes.

Inmediatamente la hoja fué arrastrada por las aguas y llevó a la niña tan lejos que, aunque los sapos se pusieron a nadar, no pudieron alcanzarla.

Por el camino, una mariposa muy blanca, em-

pezó a revolotear a su alrededor, atreviéndose al fin a posarse en la hoja, pues quería ver de cerca a la niña, que era más pequeña que ella.

Contenta Almendrita por haberse librado de la terrible amenaza de casarse con aquel adefesio, se deleitaba contemplando el esplendor de la naturaleza. Aprovechando la compañía de la mariposa, desató su cinturón y después de haberlo atado por un extremo al insecto y por el otro al tallo de la hoja, avanzó por el arroyo a mayor velocidad de la que llevaba la corriente.

En eso pasó cerca de ella un escarabajo de alas azules, que al verla la agarró con una pata por su frágil tallo y la subió a lo alto de un árbol.

El escarabajo la colocó sobre la hoja más grande del árbol, le regaló néctar de flores y le hizo mil cumplidos.

Todos los escarabajos que habitaban en el árbol acudieron a visitarla. Ellos admiraban su hermosura, pero ellas —escarabajas—, moviendo las antenas, decían con desprecio:

—¡Qué poquita cosa! No tiene más que dos piernas y dos bracitos... Y no tiene ninguna antena. Y es delgada como un hombre. ¡Valiente fenómeno!

Almendrita, como ya hemos dicho, era encantadora, y aunque al escarabajo que la había robado le parecía linda, al oír expresarse tan despectivamente a las mujeres de su familia, terminó por considerarla fea y la despreció. La bajaron del árbol y la colocaron sobre una margarita con lo que le fué devuelta la libertad.

III

La vida en el bosque

Almendrita pasó todo el verano solita en el bosque. Se hizo un lecho con pajitas y lo colgó bajo una hoja de árbol para resguardarse de la lluvia. Se alimentaba con el néctar de las flores y apla-



Algunos pececitos que oyeron lo que dijo...

caba la sed bebiendo las gotitas de rocío que por la mañana se juntaban en el pasto.

Así pasó también el otoño, pero al llegar el invierno empezó a sufrir, pues hacía mucho frío.

La infeliz Almendrita sintió aún más los rigo-

res de la estación, porque sus livianos vestidos empezaron a caerse hechos jirones.

Luego empezaron las nevadas, y cada copo que la tocaba le producía un efecto terrible. Aunque se envolvía en una hoja seca, no lograba entrar en calor. Consideraba cercano el momento en que iba a morir.

Cerca del bosque donde estaba, había un gran campo de trigo, del cual no se veía más que el rastrojo sobre la tierra helada. A Almendrita le pareció tan grande como un bosque. Muerta de frío llegó a la cueva de una rata en la que se entraba por un agujero disimulado bajo la paja.

La niña llamó a la puerta como si fuera una limosnera, suplicando que le dieran un grano de cebada, pues hacía dos días que no comía.

—¡Pobrecita! —respondió la rata, compadecida, pues tenía buen corazón—. Ven a comer conmigo. De paso, te calentarás, pues estás temblando.

No tardó el animalito en tomar cariño a Almendrita y la invitó a pasar con ella el invierno.

IV

En la cueva de la rata

Al hacerle el ofrecimiento, le dijo la rata a Almendrita:

—Puedes vivir aquí durante el invierno, pero a condición de que arregles la casa y me cuentes algún cuento.

La niña aceptó muy contenta y no tuvo de qué quejarse, pues la rata no era exigente y comía muy bien. Y un día le dijo a Almendrita:



La hoja fué arrastrada por las aguas

—Prepárate, que un día de éstos tendremos visita. Se trata de un vecino que acostumbra a venir una vez por semana. Es más rico que yo; tiene una cueva con grandes y lujosos salones y viste una magnífica piel de terciopelo.

Y luego agregó:

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué, señora rata?

—Que te he encontrado novio.

—Es que yo no quiero casarme.

—No se trata de eso. Yo no quiero que te cases a disgusto. Te presento el novio, y si te gusta, os casáis...

—¿Y si no me gusta?

—Ya te buscaré otro.

—Es que yo no quiero ninguno.

—Pues a alguno tendrás que querer. Esto sí que te lo impongo como obligación.

—Está bien. ¿Y quién es ese primer novio que quiere presentarme?

—El señor Comadreja. Esta noche vendrá, y espero que seas amable con él.

—Haré todo lo posible.

V

El señor comadreja

Efectivamente, aquella misma noche se presentó en la cueva de la Rata el señor Comadreja, atu-sándose los bigotes y moviendo orgullosamente la cola.

Al serle presentada Almendrita por la dueña de casa, el visitante sonrió mostrando unos dientes blancos y afilados que eran su orgullo.

—¡Uy, qué dientes tiene!

—Son mis armas de combate, nena —contestó

*No tiene más
que dos pier-
nas y dos bra-
citos*



el aludido—. Gracias a mis dientes, procuro mi sustento y castigo a los que me quieren mal. ¿Usted me quiere mal?

—No, yo no lo quiero ni bien ni mal. Simplemente, no lo quiero.

—Ya me querrá con el tiempo. Sobre todo cuando sepa que trata con el terror de los gallineros, a quien el mismo zorro teme.

—¿Y qué hace en los gallineros? ¿Vigila las gallinas?

—Sí, las vigilo para podermeles llevar los pollos y los huevos. Sobre todo, los huevos. ¡Cómo me gustan!

Y, al decir esto, se relamía los bigotes en los que habían quedado partículas de su reciente comilona.

—¿Y a quién le pide usted los pollos y los huevos?

—¡A nadie! ¿A quién se los voy a pedir? Voy, los agarro y me los llevo a mi casa, cuando no los despacho allí mismo, si es que tengo mucha hambre, cosa que me ocurre una noche sí, y otra también.

—¡Jesús! Entonces, usted es un ladrón.

—¡Niña! —le respondió la rata.

—Déjela, que tiene razón —intercedió el señor Comadreja—. Soy ladrón, es cierto. ¡Y a mucha honra!

—Entonces, no quiero saber nada con usted.

—Pues tendrás que saber o de lo contrario...

La conversación había tomado un cariz tal, que la misma rata se inquietó y buscó un pretexto para dar por terminada la visita.

El castigo

Cuando quedaron solas la Rata y Almendrita, ésta se echó en brazos de aquélla y le dijo, llorando:

—¡Por compasión, señora! No me haga casar con un sujeto tan depravado.

—No es lo que te imaginas —le contestó la rata—. Es cierto que roba, pero lo hace como la cosa



La colocaron
sobre una
margarita.

más natural del mundo. Ladrones fueron sus padres y ladrón es él y ladrones serán sus hijos.

—Pero no me negará que es un bravucón. ¿Ha visto qué alarde hace de sus dientes?

—Ese sí es un defecto, hija mía. No debía complacerse en asustar a las personas pacíficas como tú. Y lo peor es que se ha enamorado perdidamente y, valido de sus armas bucales, no estará dispuesto a largarte mientras le quede un solo diente.

—¿Mientras le quede un solo diente?

—Sí: mientras le quede un solo diente.

—Entonces, ya estoy salvada.

—¿Qué piensas hacer?

—Ya lo verá usted. Cuando vuelva mañana a visitarme, déjelo por mi cuenta.

—Está bien, hija. Y que Dios te ilumine.

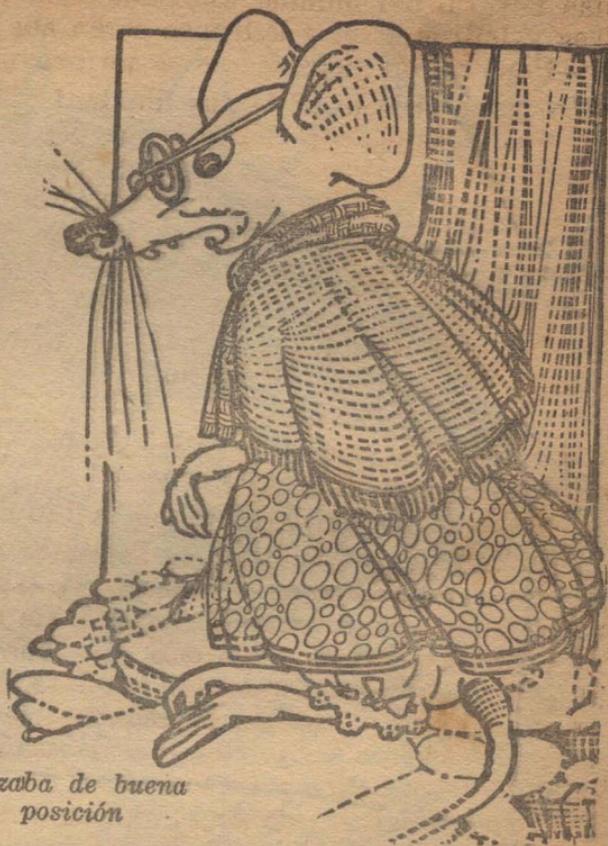
Almendrita y doña Rata se fueron a dormir, y cuando a la noche siguiente apareció el señor Comadreja con su acostumbrado aire de matón, la niña se apresuró a atenderlo con una solicitud que contrastaba con el desdén miedoso del día anterior. Al poco rato de entablada, hizo derivar la conversación a los gustos predilectos de su pretendiente: los pollos y los huevos. Y le dijo:

—¿No ha visitado nunca el gallinero de la granja de los Cuatro Caminos?

—No. Nunca me dió por rondar aquellos lugares, aunque algunos compañeros me han ponderado la calidad de sus productos.

—Y no le han mentido. Las gallinas de allí ponen los mejores huevos de la comarca.

—¿De veras? —preguntó Comadreja, a quien ya se le estaba haciendo la boca agua.



*Gozaba de buena
posición*

—¡Y muy de veras! Con decirle que todos son de dos o de tres yemas.

—¡De tres yemas! —exclamó el ladrón en el paroxismo de la gula.

Pero al poco rato cambió de tono, como si le hubieran echado un balde de agua encima. Y dijo:

—¿Qué hacemos con que haya huevos de tres



El día siguiente era víspera de San Juan, y desde la cueva



la rata se veían las fogatas que habían encendido los chicos.

yemas, si tienen allí un mastín que no deja arri-
mar a nadie?

—Es cierto. Pero también es cierto que esta
noche no estará el mastín.

—No estará el mastín, pero estará el granjero,
que tiene una escopeta que no falla y una punte-
ría que falla menos que la escopeta.

—Tampoco estará él.

—Si es así, allá voy ahora mismo. Y me daré un
atración de huevos de tres yemas en el mismo ga-
llinero, pues se me ha abierto el apetito de par
en par.

—Vaya y que le haga buen provecho.

El señor Comadreja salió a escape en dirección
a la granja de los Cuatro Caminos. Se acercó con
cuidado, por si no eran ciertos los informes de Al-
mendrita.

El taimado y precavido ladronzuelo se atrevió,
cruzó el patio, penetró en el gallinero sin hacer
ruido y se dirigió al ponedero.

Almendrita no lo había engañado. ¡Qué maravi-
lla de huevos los que estaban allí sobre la paja!
Grandes, limpios y lustrosos como no había visto
otros en su vida. Sin poderse contener, se abalan-
zó sobre el rico manjar que se le ofrecía y le cla-
vó los dientes al que le pareció de tres yemas. In-
mediatamente lanzó un quejido y algo saltó por
los aires yendo a rebotar sobre las losas del piso,
algo que no era precisamente la cáscara del hue-
vo de tres yemas, sino los dientes del señor Co-
madreja. ¡Qué había pasado? ¡Casi nada!: que los
huevos del ponedero no eran tales, sino simples
imitaciones de duro mármol, que la granjera co-
locaba allí para invitar a las gallinas a poner.



*Apareció el nuevo
pretendiente de Al-
mendrita.*

¡Adiós, herramientas de trabajo y armas de
defensa! No le quedó al señor Comadreja un solo
diente entero. Dolorido y derrotado, se fué a su

madriguera, de la que salía de tarde en tarde sin hacerse ver de nadie, para alimentarse de yerbas y gusanos.

Y Almendrita, que se había puesto de acuerdo con la granjera para tenderle la trampa al rateo, se vió libre para siempre de tan temible y antipático pretendiente.

VII

El caballero Langosta

Pero doña Rata quería casar a toda fuerza a Almendrita. Y una noche le dijo:

—¿Sabes una cosa? Te he encontrado otro novio.

—¿Quién es? —preguntó la niña, ahorrando las protestas y prefiriendo pensar en la manera de sacarse al festejante de encima.

—Es el caballero Langosta. Un señor ceremonioso, de patas y brazos muy finos y que viste siempre de levita. Esta noche vendrá a verte.

Efectivamente, después de cenar llamaron a la puerta y apareció el nuevo pretendiente de Almendrita.

Esta lo observó bien. Como había dicho la Rata, su porte era distinguido, y sus manos, aristocráticas; pero apenas le estrechó la diestra, correspondiendo a su saludo, se lastimó los dedos. Es que el visitante tenía en sus brazos y piernas unos afilados serruchos.

—¡Ay! ¿Qué es eso? —preguntó la niña.

—Eso lo tengo para saltar.

—¡Cómo! ¿Un señor tan serio salta? ¿Y por qué salta?



El topo no tardó en presentarse...

—Para ganar tiempo mientras voy comiendo todo lo que encuentro en mi camino.

—¿Todo lo que encuentra?

—Sí, Todo lo que encuentro. Siempre tengo hambre y nada me sacia. Ahora mismo te comería a ti.

—¡Jesús! —exclamó Almendrita, echándose en brazos de la Rata.

—No tengas miedo, que todo ha sido una broma

—dijo el caballero Langosta.

—Si, pero bien que le he visto una bocaza con afilados dientes. Y vea, se le está cayendo la baba.

—No seas tonta. Te digo que fué una broma. Pero apenas hablo de comida, me babeo como una criatura.

—Pues, entonces, no ganaré para comer.

—No preciso ganar nada. Como todo lo que encuentro, sin necesidad de ganarlo.

—¡Ay, señora! ¡Otro ladrón!...

Y Almendrita se volvió a echar llorando en brazos de la dueña de casa. Esta procuró abreviar la entrevista, y el caballero Langosta se retiró, prometiendo regresar al día siguiente.

VIII

La muerte del ambicioso

El día siguiente era víspera de San Juan, y desde la cueva de la Rata se veían, llegada la noche, las fogatas que habían encendido los chicos de las granjas vecinas. Almendrita contemplaba

el fuego con melancolía. De buena gana hubiera ido a saltar alrededor de las hogueras, en lugar de aguardar la visita del famélico pretendiente.

Este no tardó en aparecer, deshaciéndose en reverencias.

—¿Te gusto o no te gusto? —le preguntó a la niña.

—Le seré franca —contestó ésta—. Me gustaría si en lugar de saltar, volara. Entonces sí que me casaría con usted.

Se atrevió a lanzar esa afirmación en la seguridad de que pedía un imposible, ya que no le había visto alas al caballero.

—Entonces, serás mía —dijo Langostines, con vivo júbilo—. Inmediatamente me haré volador.

En efecto, como estaba en edad de pelear, se sacó su vestimenta de saltarín y apareció con unas largas y potentes alas transparentes.



Su conversación era monótona.

—¿Y puede volar con eso? —preguntó Almendrita, por decir algo.

—¿Que si puedo? Ahora verás.

Y, elevándose hasta cerca del techo, ganó la puerta de la cueva y salió al campo. Allí se encontró con lo inesperado: las fogatas de San Juan, que en distintos puntos elevaban sus lenguas de fuego. No pudiendo resistir la atracción de la luz, se dirigió volando a la que estaba más cerca y pereció entre las llamas. Con lo que Almendrita se vió libre de otro pretendiente.

IX

El señor Topo

Todavía no había pasado una semana de la trágica muerte del caballero Langosta cuando doña Rata le dijo a Almendrita:

—Prepárate, que hoy tenemos la visita que un día te anuncié. La del vecino más rico que yo, ese que tiene una cueva con grandes y lujosos salones, y viste una magnífica piel de terciopelo.

A pesar de las ventajas que destacaba la rata, Almendrita no tenía ningún deseo de casarse con el vecino, que era un topo. Este no tardó en presentarse.

La niña cantó las mejores canciones que sabía, y el topo, encantado, se apresuró a pedirla en matrimonio. Interrogada Almendrita, manifestó que lo iba a pensar.

Deseando el topo resultar grato a sus vecinas, les dió permiso para que se pasearan por una gran



*Cantó las mejo-
res canciones que
sabía...*

bóveda subterránea que acababa de construir entre las dos viviendas, pero les advirtió que no debían asustarse de un pájaro muerto que iban a encontrar y que había quedado allí enterrado cuando empezó el invierno.

El primer día que la Rata y Almendrita resolvieron corresponder al ofrecimiento del topo, es-

te les fué guiando por su largo corredor, llevando entre los dientes un pedazo de madera vieja que brillaba como un fósforo. Al llegar al lugar donde estaba el pájaro muerto, levantó con su hocico una parte de la tierra del techo e hizo un agujero por el que penetró un rayo de sol, con lo que la niña pudo ver tendido en tierra el cuerpo yacente de una golondrina, espectáculo que le dió mucha lástima. El topo empujó brutalmente con las patas el cuerpo del pájaro y dijo:

—Ya no nos atormentará más los oídos. Estas criaturas, después de cantar como locas en verano, se mueren de hambre en el invierno.

—A lo mejor es ese pajarito que cantaba tan graciosamente para mí este último verano —pensó—. ¡Pobrecito!... Te compadezco de todo corazón.

Una vez que hubo tapado el agujero, el topo obsequió a sus amigas con una merienda y luego las acompañó a su casa.

X

La golondrina agradecida

Aquella noche Almendrita no podía dormir, pensando en la golondrina muerta. Se levantó y tejó un lindo tapiz de pasto y se fué a la bóveda del topo y cubrió con él al pájaro yacente.

—¡Adiós, pájaro lindo! —le dijo—. Te estoy agradecida por la hermosa canción con que me divertías durante el verano, cuando yo podía calentarme al sol.

Al decir esto, apoyó la cabeza sobre el pecho de

la golondrina y se levantó asombrada al sentir una ligera palpitación del corazón del pajarito, que en realidad no estaba muerto sino aterido de frío. El calor prodigado por la niña lo había resucitado.

Comparada con ella, cuya altura no excedía de una pulgada, la golondrina parecía un ave monstruosa.

Cuando a la noche siguiente fué a ver a la golondrina, la encontró resucitada del todo, pero tan débil que apenas pudo abrir los ojos para mirar a la niña.

—A ti te debo la vida —le dijo la golondrina—, pues le has dado a mi cuerpo el calor que necesi-



Que cantaba tan graciosamente...

taba. Dentro de poco habré recuperado las fuerzas, y podre reanudar el vuelo calentándome a los rayos del sol.

—Por ahora no debes pensar en eso —le replicó Almendrita—. Afuera hace mucho frío. Hasta que no venga la primavera, debes quedarte aquí. No te preocupes, que yo te cuidaré.

Mientras duró el invierno y sin que la Rata ni el topo lo supieran, Almendrita atendió a la golondrina amorosamente. Y cuando llegó la primavera, el pájaro, que había recuperado todas sus fuerzas, se despidió de la niña y salió por el agujero practicado por el topo en el techo, que Almendrita había destapado. La golondrina, agradecida, le dijo a su bienhechora que la acompañase al bosque sentada sobre sus espaldas; pero la niña, considerando que su ausencia causaría mucha pena a la rata, que tan bien se había portado con ella, no aceptó el ofrecimiento.

—Entonces, ¡adiós! —le dijo el pajarito, elevándose hacia el cielo. Y agregó cuando ya estaba fuera—: Cuenta con mi eterno agradecimiento.

—Almendrita se quedó muy triste. Para colmo, no podía salir a calentarse al sol, porque el trigo brotaba alto sobre la casa de la rata, formando un bosque tupido e impenetrable. Y un día le dijo la dueña de casa:

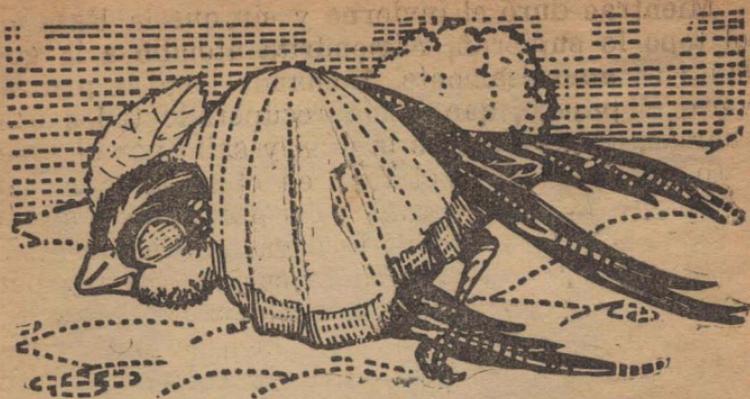
—Conviene que vayas preparando tu ajuar. El señor Topo ha pedido tu mano y para casarte con él debes estar bien provista.

La niña, resignada con su suerte, tomó la rueca, y la rata contrató como obreras a cuatro arañas, que eran grandes tejedoras. Todas las tardes el topo las visitaba y les hablaba del horror del verano, por lo que la boda no se realizaría hasta bien entrado el otoño.

Pasaron los meses, llegó el otoño y la niña vió terminado su ajuar. Y un día le dijo la rata:

—Dentro de cuatro semanas te casarás con el señor Topo.

Almendrita lloró, pues la asustaba aquel indi-



Cubrió con él al pájaro yacente.

viduo tan fastidioso y aficionado a la oscuridad.

—No te pongas así —le dijo la rata—. Considera que se trata de un buen partido. Si te afliges, me enojaré y te daré un mordisco.

La niña, atemorizada, contuvo su llanto. Y llegó el día de la boda.

Se presentó el topo muy contento, dispuesto a llevarse a Almendrita bajo tierra, donde ya no vería nunca más la luz del día, puesto que el que iba a ser su marido no podía soportar los rayos del sol.

La niña, para despedirse de lo que ya no volvería a ver, salió afuera, donde ya habían cortado el trigo.

—Ya no te veré más, lindo sol —dijo—, y abrazando una flor—: ¡Adiós, amiga mía! Si ves a la golondrina, salúdala en mi nombre y dile que soy muy desgraciada.

En aquel momento oyó un cantito, levantó la cabeza y vió pasar a su pájaro amigo.

—Como se acerca el invierno —le dijo la golondrina—, debo irme a los países cálidos. Si quieres venir conmigo, puedes subir a mi espalda. Huirémos lejos, muy lejos de ese señor que odia al sol, allí donde el verano y las flores son eternos.

—¡Sí, iré contigo! —le dijo Almendrita—. Es cierto que la rata me ha favorecido mucho, pero también es cierto que ahora quería obligarme a casar a disgusto.

Se sentó en la espalda de la golondrina atándose con su cinturón à una de las plumas más fuertes, y en seguida se sintió llevada por encima de los bosques, del mar y de las montañas.

XI

El príncipe de las flores

La golondrina se detuvo cerca de un lago azul en cuyas márgenes se levantaba un castillo de mármol con una cúpula en la que había gran cantidad de nidos. Uno de aquéllos era la vivienda de la amiga de Almendrita.

—Aquí tienes mi casa, que es la tuya —le dijo el pájaro—, pero no te recomiendo que vivas en ella, pues hace mucho frío en invierno y mucho calor en verano. Mejor que elijas una linda flor. Te depositaré en ella y haré lo posible para que tu permanencia sea agradable.

La admiración que sentía Almendrita por las magnificencias que la rodeaban creció de punto al ver a un hombrecito blanco y transparente co-



Se levantó y tejió un lindo tapiz de pasto.

mo el cristal, adornado con una diadema de oro y apenas de una pulgada de altura, que estaba sentado en la misma flor. En la mano llevaba un cetro de oro y piedras preciosas y de los hombros le salían unas alas resplandecientes. Aquel lindo personaje era el príncipe de las flores, que reinaba sobre todo el jardín.

Lejos de asustarse por la aparición, Almendrita se quedó mirándolo con embeleso.

Cuando el príncipe vió al ave gigantesca, se asustó, pero se repuso al mirar a Almendrita, que le pareció la mujer más linda del mundo. Le puso su corona en la cabeza y le preguntó si consentía en ser su esposa.

¡Qué diferencia con el sapo asqueroso y el topo estúpido! Aceptándolo sería la reina de las flores. Le dijo que sí y no tardó en recibir la visita de parejas compuestas por bizarros caballeros y hermosas damas, que salían de cada flor para ofrecerle lindos regalos.

La golondrina, desde el nido, hacía oír sus mejores canciones, aunque en el fondo de su corazón se sentía triste por haberse tenido que separar de su bienhechora, a la que, sin embargo, visitaba frecuentemente.

Y Almendrita vivió muy feliz con su esposo durante larguísimos años. Y tuvieron muchos hijos, tan pequeñitos, que al nacer no eran más grandes que un granito de anís, pero todos muy lindos e inteligentes.



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 20 de octubre de 1944.

Printed in Argentina

Impreso en la Argentina

50
43
C-LA
32

CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

32



EDITORIAL
TOP